

(220)

si perseguidos por la suerte con todo su rigor, habeis visto mortales mas desventurados que nosotros. Esposo y esposa unidos y envueltos en las redes del amor mas casto, despues de haber sufrido penas, trabajos y reveses por mar y tierra para conseguir su suspirada union, murieron abrasados por el rayo de Júpiter sin compasion. ¡ Ah! cuando la esperanza su flor nos demostraba, haciéndonos aproximar para cogerla, perdimos la raiz, el fruto y árbol, reduciendo el fuego á cenizas en el dia de tan ansiado himeneo á Carmosina y Maximino, amantes dignos de mejor suerte por su fe y su constancia.

FIN DEL TOMO VII.

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO VIII.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustín Perez Zaragoza Godinez

dedicada

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO VIII.

MADRID: Setiembre, 1831.

Imprenta de D. J. PALACIOS, calle del Factor.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS



ALTA VECUE
ERROSA DE S. M.

Los ejemplares que no lleven las marcas que aqui aparecen, serán recogidos, y conducido ante la ley su espendedor como usurpador del derecho de propiedad.

TOMO VIII

MADRID: Septiembre, 1831.
Imprenta de D. A. Pascual, calle del Factor.

HISTORIA TRÁGICA 17.^a

LOS

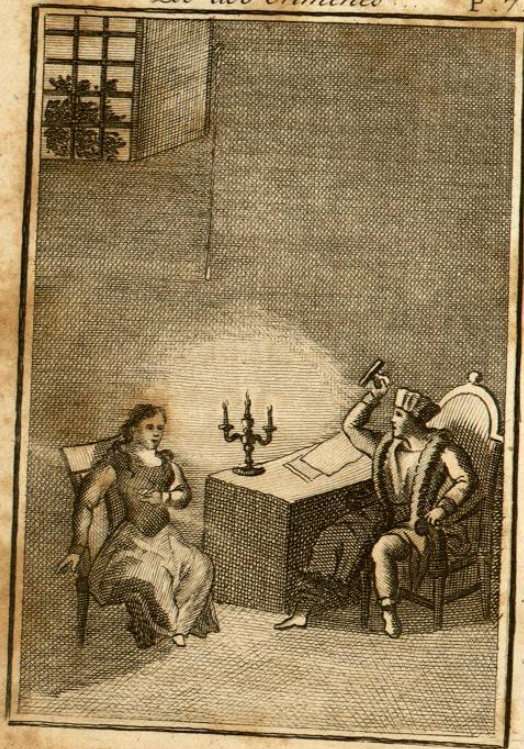
DOS CRIMENES.

REVUE DE LA BIBLIOTHÈQUE



1891

DES ÉCRIVAINS



*Y habéis Creído que yo podía
prestarme á tal infamia!!!*



En el reinado de la Emperatriz Elisabeth, la viuda de un Príncipe ruso, cuyos estados se hallaban en la parte septentrional de Nijni y Nowgorod, viéndose acometida de una enfermedad de consunción, se dirigió á Moscou para consultar á un Médico, cuyos talentos le hacian árbitro de la salud de todo el pais. El doctor emprendió la curacion de la Princesa. Se pasaron seis meses en inútiles esfuerzos, como sucede siempre que la facultad vacilante espera en vano

encontrar casualmente un remedio, que aliviando al enfermo les sostenga en la opinion que han adquirido. Habiendo apurado todos los remedios, el Médico pronunció su sentencia en tono de oráculo; que solo una larga permanencia en el mediodia de la Europa podria dar la salud á la Princesa. Esta es por lo regular la última receta de los médicos, cuando no se hallan con bastantes fuerzas para atacar á la enfermedad. El Esculapio busca medios de conservar su reputacion, aunque perezca el enfermo.

La Princesa emprendió su viaje, acompañada de una camarera y un ayuda de cámara. Pasó por *Kioff* y *Cracovia* para ir á Viena,

en donde permaneció tres meses. La enfermedad no hacia progresos; pero la mudanza de aires no causaba el efecto que predijo el Médico. Salió de Viena, visitó á Trieste y Venecia, tomó el camino de Nápoles, en donde le habian aconsejado que pasara el invierno.

Koustroff, que asi se llamaba el ayuda de cámara, era activo, inteligente y determinado. Nacido y educado en la casa de sus amos, jamas habia dado motivo de queja: por esto la Princesa, luego que determinó su viage, le dió la preferencia sobre todos sus criados: lo que no contribuyó poco para este favor fue el estar perfectamente instruido en el idioma italiano.

Koustroff tenia bastante talento natural, pero un corazon depravado: su permanencia en las capitales, las malas lecciones, el demasiado saber para su estado y una ambicion sin límites le habian hecho de un carácter demasiado peligroso. Refrenado por la severa disciplina doméstica, ocultaba su carácter vicioso bajo la apariencia de fidelidad, hasta el momento en que circunstancias inesperadas dieron pábulo á sus criminales ideas.

La Camarera fue acometida repentinamente de una pulmonía. La Princesa, que la amaba en extremo, se retiró á un pueblo cerca de Bolonia, y llamó á un médico de la ciudad vecina. A los ocho

dias dijo este que se hallaba fuera de peligro; pero anunció que la convalecencia seria larga, y que antes de tres semanas no podria seguir su viage. La Princesa no queria permanecer tanto tiempo en una ciudad tan pequeña, y resolvió ir á Bolonia á esperar á su Camarera: la distancia era de ocho á diez millas, y podia contar con el cuidado de sus huéspedes para la enferma.

Se fijó el dia de la marcha. Koustroff dió por orden de su Ama á la Camarera las señas de la fonda en que habian de permanecer en Bolonia, una instruccion de lo que habia de hacer luego que se hallase en estado de ponerse en camino, y el dinero necesa-

(12)

rio hasta su reunion; en fin, nada olvidaron para consolar á la enferma. Se buscó, pero inútilmente, una muger que pudiese acompañar á la Princesa. Koustroff debia ser su único compañero. Esta circunstancia hirió su imaginacion, y su alma, hasta entonces indecisa, concibió un horrible proyecto.

El dueño de la posada era tambien dueño de los caballos de posta. Entre los postillones se encontraba uno de los bandidos que anteriormente habian infestado los Apeninos. Este, ya viejo, se aprovechó de una amnistía para abrazar un oficio mas honrado y menos peligroso. Sus amos ignoraban sus antiguas espediciones. Condu-

(13)

cia en derechura á los pasajeros sin causarles el menor perjuicio; pero este cambio era efecto del miedo: habia dejado de ser asesino; pero no era hombre de bien. No ponía en práctica el crimen; pero esta inaccion le cansaba. Correr tres ó cuatro veces al dia el mismo camino, era capaz de desesperar á un hombre acostumbrado á continuas aventuras y á las vivas emociones del peligro. Se admiraba muchas veces de la moderacion con que recibia dos ó tres monedas por precio de su trabajo, cuando en su juventud se arrojaba con fuerza sobre una silla de posta, y pedia con arrogancia todo lo que se encontraba en ella.

Así como los virtuosos, los malvados se reúnen por un instinto natural. Koustroff adivinó el carácter de Rolando, que este era el nombre del postillon: estos dos malvados se buscaban continuamente. Pronto se reunieron en la taberna, y algunas botellas de vino provocaron su confianza y cimentaron su amistad.

Rolando tuvo que hacer un viaje por la noche hasta la casa de postas inmediata: el criado de la Princesa esperaba su vuelta, que se verificó cerca de media noche. Luego que hubo acomodado los caballos, se reunieron los dos amigos en una habitacion separada, en donde encontraron una mesa espléndida. El postillon no había ce-

nado tan opíparamente desde los antiguos tiempos de su gloria. Koustroff hizo recaer al principio la conversacion sobre objetos indiferentes; pero luego que observó que su compañero habia satisfecho su apetito, y que ya habian vaciado algunas botellas, con un tono misterioso y á media voz dijo á su compañero: «Querido Rolando, ¿cuántas muertes has hecho en tu vida? — Hé aqui una pregunta bien impertinente, dijo el convidado; era mui propia de un juez, si yo tuviese el honor de presentarme ante S. S. — No te enfades, Rolando; no estás ante un tribunal, sino á la mesa con un amigo, y el vino nos hace mas francos que el interrogatorio de un juez. Vamos,

(16)

cuéntame alguna de tus proezas. — A fe mia no tengo de qué gloriarme. Soi naturalmente un buen hombre, y me he resistido siempre á los asesinatos inútiles. Mas deseoso de dinero que de muertes, trataba con dureza á los pasajeros; pero sin hacerles daño cuando no habia necesidad.» Al profedir estas palabras, se puso Rolando á contar por los dedos. «Ya me acuerdo, prosiguió: en las veinte campañas que he hecho, no he despachado con Dios ó con el diablo mas que á once desgraciados, y estos sin hacerlos padecer: en cuanto á esto nada me tienen que echar en cara. — Pues bien, yo te propongo otro, para que sea la cuenta completa: en cuanto á pe-

(17)

ligro, te respondo con mi cabeza que no correrás ninguno. — ¡Cómo! ¿qué quieres decir? ¿Quieres recargar otra vez mi vieja conciencia, que tanto trabajo me ha costado llevarla por el camino derecho? Escúchame: tu vino es esquisito, y me has regalado como á un gran señor; pero despues que me retiré, me he hecho perezoso y tímido: no cuentes conmigo. Pardiez, seria bien recibido el que fuese á proponer una campaña á un viejo oficial retirado á su castillo, y que está al rincon del fuego fumando en su pipa y contando sus batallas. Pues bien, considérame un héroe retirado. Despues que este fuerte brazo se acostumbró al humilde egercicio del láti-

go para avivar los caballos de posta, ¿crees que volverá con facilidad al noble empleo del puñal y la pistola? Una vez que he tenido la dicha de no ver mi cuerpo colgado de la vil máquina.... Tú sabes la única satisfaccion que yo deseo, que es morir en mi cama. — Sí; pero antes de probar esta satisfaccion, arrastrarás por mucho tiempo tu miserable existencia; andarás continuamente por los caminos, espuesto á las injurias del tiempo y de los viajeros. Rolando, ¿posees alguna cosa? — Nada absolutamente: gracias al juego y al robo de mis compañeros, he perdido diez años de trabajo. — ¿Y si un golpe seguro, dirigido por la prudencia y ejecutado con miste-

rio, te ayudase á pasar cómodamente los años que te restan de vida, lo despreciarías? A estas palabras, Koustroff, sin esperar respuesta, se valió de un argumento en que fundaba mas bien sus esperanzas que en su elocuencia; este era un bolsillo lleno de oro que deramó sobre la mesa para producir mas efecto en su oyente. Este lo devoraba con los ojos, y retiraba las manos por no caer en la tentacion de apoderarse de una cosa que aun no habia ganado. Estuvieron en silencio algunos minutos; pero luego que el ruso creyó bastante prolongada esta escena, recogió con frialdad su dinero, y lo guardó, con grande sentimiento de Rolando, cuyo semblante se mostró

triste y pensativo, cuanto se habia manifestado alegre delante del oro. — «¿Para qué me has enseñado ese tesoro? le dijo: ¿es para causarme envidia? — Al contrario, es para avivarte el deseo de que sea tuyo, le respondió Koustroff: mañana ó mas bien hoy mismo puedes ganarlos; son doscientos florines, mas bien mas que menos. — ¿Y qué quieres que haga? — Una gran cosa. — ¿Pero cuál es? — Escucha: acércate, porque las paredes oyen. ¿Conoces á mi Ama? — Sí. Es descolorida. — Como un muerto. — Delgada. — Es cierto, solo tiene huesos y pellejo. ¡Ah! Rolando, es muger perdida: me lo ha dicho el médico de Viena: dentro de tres meses tendré

la desgracia de perderla. — ¿Y eso llamas desgracia? — Sí, porque no me dejará nada; absolutamente nada. Bien sabes la ingratitud de los amos: nunca se acuerdan de que los hemos servido mucho tiempo: sobre todo, las damas rusas desechan siempre la idea de la muerte, como si nunca hubieran de morirse. ¿Sabes tú lo que sucederá si yo no tomo mis medidas? Mi Ama tiene bastantes fuerzas aun para ir á Florencia; allí se irá consumiendo como una lámpara, sin aceite; entonces caerán sobre nosotros una multitud de aguaciles que nos atraparán el dinero que encuentren, y á lo demas lo echarán su sello: ¿y qué nos dejarán? un vestido negro para el entierro,

y los ojos para llorar nuestra desgracia. ¡Famosa herencia por cierto! — En efecto, esto es al pie de la letra lo que nos está sucediendo todos los días. — Mi Ama no tiene hijos; á nadie hago daño; todos sus herederos son muy ricos; además, no trae grandes riquezas consigo; pero lo que no es para ellos.... ¿me vas entendiendo? — Sí, ya empiezo á comprenderte.» Entonces los dos convidados se miraban con una risa infernal.

«Pues que me has entendido, dijo Koustroff, nada más necesitamos; todo lo he previsto y lo he combinado: tu antigua experiencia no podrá encontrar ningún defecto en el plan. Marchamos mañana á las once de la noche, y dejamos

aquí á la Camarera. — Ya lo sé. — Tú nos conducirás, ¿no es así? — Nada hai más fácil. Si no sucediere así, mi compañero me cederá su puesto, y mucho más dándole para beber. — Bravísimo. Y dime: ¿no hai en el camino algún bosque en donde podamos meternos? — Tenemos tres por uno. — Muy bien, elegirás el más oscuro. La hora es favorable; el camino está solo: á las doce de la noche todos están durmiendo. Luego que llegemos al medio del bosque, detendrás bruscamente el carruaje, y me harás fuego con esta pistola que está cargada solo con pólvora; caeré de mi asiento como un muerto, y quedaré inmóvil hasta que tú con este puñal....» A estas palabras se

detuvo Koustroff como si su lengua se hubiese paralizado. «Bien, acaba, le dijo Rolando. No, ya te he dicho bastante; tu inteligencia.... — ¡Qué! ¿mientras tú estás en tierra haciendo el muerto, he de trabajar yo solo? — Sí, así lo he dispuesto; yo no me atrevería á poner las manos en la Princesa: los rusos estamos acostumbrados á tener un profundo respeto á nuestros amos. — ¡Cáspita! hé aquí un valiente escrúpulo: guardar respeto al que se va á matar: eso es ya locura. — Aunque me llames loco, yo no podré asesinarla: no ha de llevar al sepulcro la idea de que la mató su mismo criado. Rolando, mas determinación: ¿puedo contar contigo? — ¿Por qué no? — Te en-

cargo que el asalto sea en un momento, y que no la hagas padecer. — Tranquilízate, ya te he dicho que soi bastante humano.» Al decir estas palabras, se levantó Koustroff temiendo alguna otra objecion, y dió á Rolando diez piezas de oro como las arras del sangriento contrato que acababan de celebrar.

Estando todo prevenido á las nueve de la noche, la Princesa fue á ver á su Camarera y renovó sus recomendaciones á la huéspedea, á quien recompensó generosamente. A las once montó en su carruage: Koustroff se colocó silenciosamente en su asiento; y Rolando con su látigo hizo que el carruage se alejase con rapidez.

En la primera legua el postillon